



**Discurso**  
**"La mujer y el niño"**

(Logia Acacia, n° 25, 3 de  
diciembre de 1888)



**AJUNTAMENT DE VALÈNCIA**  
REGIDORIA DE PATRIMONI I RECURSOS CULTURALS

## A MODO DE BREVE PRESENTACIÓN

Cursando todavía los estudios de Derecho y con veinte recién cumplidos, Vicente Blasco Ibáñez ingresó en la masonería dando buen testimonio de su carácter inquieto. Según consta en el diploma de investidura del primer grado de la masonería, datado el 28 de febrero de 1887, Blasco se iniciaba en la orden adoptando el nombre de Danton. La elección del seudónimo no podía ser más significativa, pues venía a materializar a través de la onomástica la admiración que siempre sintió por los héroes de la Revolución Francesa y por los ideales que fructificaron en dicho acontecimiento histórico.

Miembro primero de la logia *Unión n° 14* de Valencia, pasaría luego, en 1888, a formar parte de la logia *Acacia n° 25*, donde figuraba como maestro masón y orador (grado 3). Con ello demostraba ya sus aptitudes innatas para convertir la oratoria en un instrumento que le sería de grandísima utilidad en el futuro, y que por aquel entonces le permitía proyectarse en los ámbitos más representativos de la cultura, la política y la prensa de su Valencia natal. Desde luego, hay que insistir en esa intención de Blasco Ibáñez por ir forjándose un nombre, para comprender las claves de la actividad frenética sostenida en varios frentes entre 1887 y 1888 (aunque algo similar podría decirse de muchos otros periodos de su biografía).

Fueron esos los años en que, bajo el tutelaje de Constantí Llobart, Blasco estuvo vinculado con *Lo Rat Penat* y, a raíz de su relación con dicho movimiento valencianista, llegó a utilizar la lengua vernácula para volcar su afán narrador en algunos relatos situados en la órbita del romanticismo histórico. Ya en castellano, en 1887, iba a publicar su primer libro de cuentos: *Fantasías (Leyendas y tradiciones)*. Precisamente, esta obra fue estampada en la Imprenta de El Correo de Valencia, del diario en que, desde un año antes, colaboraba como redactor. Y en esos mismos territorios del periodismo local se le atribuye también la dirección del periódico federal *La Revolución* (posibilidad no demostrada) y colaboraciones de diversa índole, como la revista humorística *Valencia Cómica*.

Un año después, lo volveríamos a encontrar enfrascado en asuntos literarios, obteniendo el premio de los Juegos Florales con *Hugo de Moncada*, breve crónica de corte biográfico y, publicando una obra de naturaleza muy similar con el título de *¡Por la patria! Romeu el Guerrillero*. Tras licenciarse en Derecho, ostentaba el cargo de secretario de la Sección de Literatura del Ateneo Científico Literario y Artístico. En paralelo, no cejaba en sus trabajos para la prensa ni en sus actividades políticas, en defensa de un republicanismo federalista en la línea de Pi y Margall.

El 3 de diciembre de 1888, la logia *Acacia n° 25* a la que él pertenecía celebró una «tenida magna de adopción de lovetones». Se trataba de una ceremonia simbólica de adopción infantil, por la que los «hermanos» masones acogían, para proteger, educar y amparar, a algún hijo de un maestro de la logia, en el caso referido eran dos los donceles adoptados. Blasco Ibáñez participó en el acto, en virtud de su condición de orador de la «Augusta y Respetable Logia Capitular» valenciana, y lo hizo con el discurso titulado «La mujer y el niño», que a continuación se reproduce.

El texto en cuestión, no excesivamente largo, fue publicado con la siguiente referencia: *Discurso de Vicente Blasco Ibáñez- Danton M.: M.: Orad.: de la Aug.: Ben.: y Resp.: Log.: Cap.: Acacia n° 25. Leído en la ten.: magna de adopción celebrada por la misma el 3 de Diciembre 1888, con una poesía original de Pedro Bonet Alcantarilla. Virgilio gr.: I.* (Valencia, Imprenta de F. Vives y Cía, 1988). El interés del mismo reside, más allá de su carácter ideológico y en algunos momentos de su tono demagógico, en la aparición de diversos motivos que, en años sucesivos, singularizarían el enfoque temático de varios folletines del autor, a la vez que pueden permitirle al investigador una aproximación más coherente a determinadas ideas defendidas por Blasco en tanto que político, periodista, escritor e incluso editor. Esto es, los pilares centrales de su discurso son, en primera instancia, la crítica anticlerical (especialmente dirigida hacia los jesuitas) y el rechazo de la educación católica. De inmediato, tales cuestiones seguro que le traerán a más de uno el recuerdo de la orientación combativa que presidía una obra como *La araña negra* (1892). Pero, además,

debe señalarse, la importancia de afirmaciones vertidas en el discurso como la que fija el arranque de «la verdadera historia de la libertad» en la Revolución Francesa. Tal identificación podría remitirnos, de inicio, a la citada admiración blasquista por dicho evento, plasmada en 1893 en títulos como *¡Viva la República!*. No obstante, esta inclinación hacia el periodo revolucionario galo se torna más consistente cuando el Danton valenciano acompaña sus palabras con referencias a filósofos y alusiones favorables a la ciencia. Ni que decir tiene cuál sería la opción del novelista a la hora de optar entre fe y razón. Este último pilar es el que marcó las directrices de los enciclopedistas galos, al fin y a la postre, referente a partir del que privilegiar una ideología laica, de la que el orador actúa como propagandista. El discurso impartido en su logia sería entonces la vía paralela a la que el propio escritor encabezó en lo que la profesora Pura Fernández denominó «literatura de propaganda filomasónica»<sup>1</sup>. En ambos casos, la apuesta por una sociedad laica justificaba la pertinencia de la difusión de los ideales masónicos, concebidos como instrumento de combate contra el poder jesuítico y sustentados de una labor pedagógica. Esta última exigencia resulta elemento fundamental en el texto, donde se reproduce una charla en la que a la mujer y al niño Blasco les asignaba un doble papel: por una parte, víctimas inocentes; y por la otra, perpetuadores involuntarios de la opresión religiosa que se practicaba tanto desde la iglesia como desde el confesionario.

A fin de invertir la situación, el proyecto masónico ofrecía unas soluciones que, si bien el escritor no desarrolla en profundidad, cuanto menos apuntan a lo que serán los planteamientos de base defendidos, años más tarde, desde el diario *El Pueblo*. En primer lugar, la opción netamente anticlerical. En segundo, «una ilimitada fe en el progreso y en la ciencia positiva [...] Y, finalmente, un convencimiento claro de la necesidad de sustituir los modos y los contenidos de la educación clerical»<sup>2</sup>. Con el tiempo, el blasquismo intentaría dar respuesta a los problemas enunciados con iniciativas como las escuelas laicas en los casinos

---

<sup>1</sup> «Vicente Blasco Ibáñez y la literatura de propaganda filomasónica», *Debats*, núm. 64-65 (invierno-primavera 1999), pp. 144-154.

<sup>2</sup> Luis M. Lázaro Lorente, «Blasco Ibáñez: Masonería, Librepensamiento, Republicanismo y educación», *Masonería, Revolución y Reacción*, Alicante, Inst. Juan Gil-Albert, 1990, vol. 1, pp. 213-225 [p. 222].

republicanos o, no se olvide, a través de la creación de la Universidad Popular en 1903.

De acuerdo con lo dicho, la pertenencia de Blasco Ibáñez a la masonería no cabe considerarla como un mero episodio anecdótico de su biografía. Muy al contrario, su contacto estrecho con las logias y con otros muchos masones le reportaron unos nutrientes que se juntaron con tantos otros aportes, sin ir más lejos los del republicanismo, que el escritor y político sintetizó en su credo personal. Una cosmovisión que tenía como objetivo principal el progreso de las sociedades. Para conseguirlo, como muy bien puede rastrearse en su brillante trayectoria literaria y en tantas obras aventuras por él protagonizadas, resultaba crucial formar y educar al ser humano, familiarizarlo con la cultura<sup>3</sup> para que fuera capaz de superar el primitivismo y las más diversas tiranías: la del medio hostil, la social o la que condena en este discurso que ahora, querido lector, te animamos a leer.

E. S.

---

<sup>3</sup> Respecto a esta exigencia educativa, se remite al trabajo de E. J. Sales Dasí, «Blasco Ibáñez y los libros», *Catálogo exposición "Blasco Ibáñez 1867-1928"*, coord. de M<sup>a</sup> Luisa del Cerro, València, Diputació, MUVIM, 2011, 2 vols., pp. 49-60.

## LA MUJER Y EL NIÑO

Venerable Maestro, queridos hermanos y apreciables señoras:

Día solemne de imperecedera memoria para la Masonería de los Valles Valentinos, es éste en que llevamos a cabo un acto que marca un progreso digno de alabanza y que reviste una solemnidad verdaderamente conmovedora.

El niño y la mujer, esos dos tiernos seres débiles y susceptibles cual ninguno a los afectos y al cariño, vienen a nosotros aquí, a este sagrado recinto, santuario respetable, que encierra las conciencias de muchos seres honrados y en donde los hombres libres, puestos sus ojos en el Gran Arquitecto del Universo, trabajan llevados de su firme voluntad por la regeneración de todos los humanos. Este acto causa una emoción extraordinaria por su inmensa trascendencia. No son esos dos niños, dos pequeños seres que vienen aquí únicamente en busca de la adopción masónica; no son estas señoras, mujeres que por curiosidad o por los afectos del parentesco solamente vienen a presenciar este acto; no significa esto una simple adopción, significa algo más, pues demuestra una cosa que debe llenar de alegría los corazones de todos los amigos del progreso; o sea, que la mujer y el niño se han emancipado de las rancias y necias preocupaciones de otros tiempos y van en busca de la verdad, del mismo modo que los hombres.

¡La mujer y el niño! ¡A qué graves consideraciones, a qué encadenamiento de pensamientos se prestan estos dos nombres, siempre que se reflexiona en el gran papel que juegan en la defensa y consolidación de una idea!

Preguntádselo al jesuita, al sacerdote, al fraile y en un momento de franca expansión en que se les escape la verdad de entre los labios, os dirán que en ellos han encontrado la más firme base de su poder y que ellos han sido las armas que, esgrimidas con arte, más efecto han causado en sus adversarios.

Las ideas más trascendentales, las doctrinas que comúnmente conmueven más a la humanidad, encuentran su más fiel propagandista en la mujer, y por esto mismo, el obscurantismo procura conquistarla para hacerla instrumento de sus planes.

Abrid el libro de la historia y por todas partes veréis latente y poderosa la influencia de la mujer. Ella coadyuva a la consolidación y el triunfo del primitivo cristianismo enseñando las máximas del filósofo judío a sus pequeños hijos, al mismo tiempo que se recata del padre que todavía rinde adoración a los viejos dioses clásicos; ella enardece a los hombres en los momentos en que la patria peligra y les obliga a salir en su defensa, y ella, en fin, es la principal causa de ese glorioso período del cual parte la verdadera historia de la libertad, de ese hecho luminoso y esplendente que conocemos con el nombre de Revolución Francesa, pues la mayoría de los hombres que en ella tomaron parte, debieron su gloria a las ideas que desde la más tierna edad les habían inculcado sus madres enseñándoles a leer en las *Vidas* de Plutarco y en la radiante Enciclopedia.

Por todas partes, en todos los períodos y bajo todas las épocas, se nota la influencia de la mujer, y feliz aquella idea que ha conseguido su apoyo, porque su triunfo ha sido inmediato. Tanta trascendencia o más tiene también el niño. El porvenir de la humanidad, la suerte del progreso, esa finalidad sublime que hace tantos años viene persiguiendo el hombre, está en manos de esos seres débiles y graciosos, cada uno de los cuales es un enigma, pues lleva encerrado en sí el mañana indefinible. De aquí aquella frase de Rousseau de que el primer funcionario del Estado es el maestro de escuela.

Los pueblos que sean verdaderamente amantes del progreso deben pensar en el mañana más que en el presente y ocuparse tanto del gobierno actual de los hombres como preparar a la generación naciente para que en lo futuro continúe la obra de la regeneración humana.

Ved, pues, si tienen importancia la mujer y el niño, ved la gran misión que tienen que cumplir esos dos seres: la primera, influir dentro de la familia y hacerla seguir los derroteros que ella mejor crea, ejercer presión sobre el cerebro del esposo continuadamente para hacerle desechar unas ideas y adoptar otras; y el segundo formará la sociedad de mañana bajo el pie que más le plazca y lo mismo podrá proclamar la más completa libertad como influirá para que todo un pueblo vaya a inclinar la cabeza ante el solio del diosecillo de Roma.



Ahora bien; tan valiosos elementos, tan fuertes armas para la conquista de la sociedad, ¿en manos de quién están? ¿En las nuestras? ¡Oh! No, por desgracia. Los hijos de la luz trabajamos completamente solos, y la mujer, ese ser cuyas cadenas hemos roto y a la cual elevaremos a la categoría que le corresponde, nos maldice llena de horror, y el niño, cuyo cerebro pretendemos envolver en los fulgores de la luminosa antorcha de la ciencia, nos contempla lleno de miedo como si fuéramos seres malvados y sobrenaturales.

¿En qué consiste esto? En que la mujer y el niño están aún en poder del cura y del jesuita, en que todavía se acogen a la fría sombra de la Iglesia católica y se santiguan con horror a cada progreso que verifica la humanidad.

El bárbaro ultramontanismo tiene entre sus garras a esos dos tiernos seres y no se escapan las generaciones, al sucederse, de esta presión asfixiante.

Para ello disponen de dos medios: el confesionario y el colegio. La mujer pega su rostro a aquella rejilla mugrienta por las caricias de tantas respiraciones y, llena de ingenuidad, relata su pasado y su presente a alguien a quien no ve, y nada deja por decir; todo se relata allí, hasta los mayores secretos de familia, hasta aquello en que se basa la honra de su esposo.

Algo sale de allí dentro que conmueve a la mujer, es una voz meliflua que murmura no sé qué consejos mezclados con indicaciones prácticas, una voz que causa honda huella en la imaginación femenil, por lo mismo que habla de cielos, de ángeles y de cosas sobrenaturales. Desde aquel instante, ella queda subyugada al confesor y éste es el verdadero dueño de la familia, pues está perfectamente enterado de sus secretos y conociendo las flaquezas de cada individuo puede dirigirlo muy fácilmente.

En el colegio pasa todavía algo más grave, algo que produce mayor indignación. Allí ya no se ejerce solamente la coacción con amenazas de las penas del infierno, sino que se perpetra un envenenamiento intelectual que intoxica un cerebro para siempre.

Entra el niño y encuentra al sacerdote de mirada adusta o al jesuita de eterna y falaz sonrisa, que se encargan de su enseñanza, y entonces comienza una horrible mistificación, un sacrilegio científico que indigna al hombre más

pacífico. Aquellos mistificadores de la ciencia lo falsean todo, completamente todo, desde la física hasta la historia, desde la moral hasta el derecho, y enseñan las mil y una ridículas patrañas de la Biblia sobre la formación del mundo, y pasan por alto los sistemas que sobre el mismo tema han producido los hombres más ilustres; presentan como el mayor filósofo del mundo, como un portento semidivino a Santo Tomás y se olvidan de Kant, Hegel, Krause y otros; tratan como a un loco a Galileo y ensalzan al padre Petavio; hacen figurar como el mayor moralista al padre Claret; hablan con respeto de los deslices y liviandades de los reyes y del derecho divino de éstos; aseguran que Robespierre fue una fiera en figura de hombre; describen minuciosamente y con horror la Revolución Francesa con sus ejecuciones en la guillotina, y acaban ensalzando a esos grandes tiranos que han sacrificado pueblos y más pueblos sobre el sangriento campo de batalla y hacen apología de la tiranía y el obscurantismo, así como condenan la libertad, la luz y la ciencia.

Los tiernos retoños que respiran el mefítico aire de tales escuelas quedan contaminados para siempre, y de allí salen el diputado neo que insulta a las clases menesterosas y proclama el absolutismo; el periodista ultramontano que satiriza el progreso; el infeliz que, confiando en el cielo, se muere de hambre y maldice a los que trabajan más y rezan menos; y el fanático, sanguinario y brutal que se lanza a la guerra civil y esgrime las armas contra sus hermanos.

La sociedad ha sido hasta hace poco un instrumento de la reacción, a causa del apoyo que ésta encontraba en la mujer y el niño; pero esto concluye ya, los lazos se rompen, la tierra tiembla y el sacerdote ve cómo se le escapa de entre las manos aquello en que basaba todo su poder.

Una prueba de ello es la solemnidad de esta noche. Aquí tenemos a la mujer y al niño que vienen a nosotros, pero no por cortos momentos, sino que vienen para siempre, porque quien pisa los umbrales de este templo, quien asiste a nuestras fiestas, queda para siempre impregnado de las sublimes y regeneradoras ideas que flotan en esta atmósfera. Vosotras, señoras, que me escucháis, con habernos honrado con vuestra presencia esta noche, os eleváis a gran altura sobre las de vuestro sexo. No sois los seres automáticos obedientes a

una voluntad superior, que obran o se mueven sin darse exacta cuenta de sus actos, llevando la noche de la ignorancia en el cerebro, sino que sois ya mujeres con la conciencia completamente libre y despejada de las nieblas de abrumadoras preocupaciones, y tenéis la inteligencia despierta para comprender todos vuestros derechos y deberes.

Y en cuanto a esos niños... ¡Oh!, felices ellos que a tan temprana edad llegan donde solo han llegado muchos hombres después de largos años de peregrinación a través del estudio.

Nosotros, los que sin ser consultada nuestra voluntad, ingresamos apenas nacidos en una sociedad religiosa que ahora aborrecemos y combatimos como contraria a la civilización y al progreso, no podemos menos de envidiar a esos dos tiernos seres que tan de repente vienen a conocer la verdad y la luz, que al ser buscada por uno, solo se encuentra después de hojear mucho el libro de la vida. Ellos en los albores de su vida entran ya a formar en las filas de los soldados del progreso y se evaden de las pavorosas influencias de los sectarios del pasado.

Que la luz exista eternamente en sus inteligencias, que amen la sabiduría, practiquen la virtud y sean siempre dignos de la grandiosa institución que hoy les cobija bajo su manto; y vosotras, señoras, continuad por el camino que habéis emprendido, no olvidéis que la mujer tiene tanta importancia, que es la llave del porvenir, y propagad entre vosotras las ideas regeneradoras que aquí sustentamos, inculcadlas en vuestros hijos, y de este modo seréis dignas de la libertad y cumpliréis la gran misión que la Historia parece haberos confiado.

He dicho.